



Ralph Waldo Emerson

La Superalma

E LEJANDRIA

Ralph Waldo Emerson

La Superalma



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA SUPERALMA

RALPH WALDO EMERSON

PUBLICADO: 1841
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LA SUPERALMA

Pero las almas que participan de su buena vida
Él las ama como a sí mismo; le son tan caras
como su propio ojo: jamás las abandonará.
Cuando ellas mueran, morirá Dios mismo:
viven, viven en la bienaventurada eternidad.

Henry More

El espacio es vasto, al este y al oeste,
mas dos no pueden marchar a la par,
no pueden viajar juntos por él.
Ese cuco imperioso de allá
expulsa del nido todos los huevos,
vivos o muertos, salvo el suyo;
un hechizo pesa sobre el suelo y la piedra,
la noche y el día han sido alterados,
toda cualidad y toda médula
sobrecargadas y opresivas con un poder
que impone su voluntad sobre la edad y la hora.

Existe una diferencia entre unas y otras horas de la vida, en cuanto a su autoridad y efecto posterior. Nuestra fe llega en instantes; nuestro vicio es habitual. Y sin embargo, hay una profundidad en esos breves momentos que nos compele a atribuirles mayor realidad que a todas las demás experiencias. Por ello, el

argumento que siempre se esgrime para acallar a quienes conciben esperanzas extraordinarias en el hombre —a saber, la apelación a la experiencia— resulta eternamente inválido y vano. Cedemos el pasado al objetor, y con todo esperamos. Él ha de explicar esa esperanza. Admitimos que la vida humana es mezquina; pero ¿cómo descubrimos que lo era? ¿Cuál es el fundamento de este malestar nuestro, de este viejo descontento? ¿Qué es el sentido universal de carencia e ignorancia sino la sutil insinuación con que el alma formula su enorme reclamación? ¿Por qué sienten los hombres que la historia natural del hombre nunca ha sido escrita, sino que siempre deja atrás cuanto se ha dicho de él, tornándose anticuado, y los libros de metafísica inútiles? La filosofía de seis mil años no ha explorado las cámaras y almacenes del alma. En sus experimentos siempre ha quedado, al cabo del análisis, un residuo que no ha podido disolver. El hombre es un río cuya fuente está oculta. Nuestro ser desciende en nosotros desde no sabemos dónde. El calculador más preciso no tiene presciencia de que algo incalculable pueda malograr el instante siguiente. Me veo compelido a cada momento a reconocer un origen más elevado para los acontecimientos que la voluntad que llamo mía.

Lo que ocurre con los sucesos ocurre también con los pensamientos. Cuando contemplo ese río fluyente que, desde regiones que no veo, vierte por una temporada sus corrientes en mí, comprendo que soy un pensionista, no una causa, sino un espectador sorprendido de esa agua etérea; que yo deseo y miro hacia arriba y me dispongo en actitud de recepción, pero que las visiones llegan desde alguna energía ajena.

El supremo Crítico de los errores del pasado y del presente, y el único profeta de lo que ha de ser, es esa gran naturaleza en la que reposamos como la tierra descansa en los brazos suaves de la atmósfera; esa Unidad, ese Alma Suprema, dentro de la cual el ser particular de cada hombre está contenido y fundido con el de todos los demás; ese corazón común del que toda conversación sincera es el culto y al que toda acción recta es sumisión; esa realidad abrumadora que confunde nuestros trucos y talentos, y obliga a

cada uno a pasar por lo que es y a hablar desde su carácter, y no desde su lengua, y que sin cesar tiende a fluir en nuestro pensamiento y en nuestra mano para convertirse en sabiduría, virtud, poder y belleza. Vivimos en sucesión, en división, en partes, en partículas. Entre tanto, dentro del hombre mora el alma del todo; el silencio sabio; la belleza universal, a la que cada parte y partícula están igualmente relacionadas; el UNO eterno. Y este poder profundo en el que existimos, y cuya beatitud nos es del todo accesible, no solo se basta a sí mismo y es perfecto en cada hora, sino que el acto de ver y lo visto, el vidente y el espectáculo, el sujeto y el objeto son uno. Vemos el mundo a trozos, como el sol, la luna, el animal, el árbol; pero el todo del que estos son las partes luminosas es el alma. Solo mediante la visión de esa Sabiduría puede leerse el horóscopo de los siglos, y al recaer en nuestros mejores pensamientos, al ceder al espíritu de profecía que es innato en todo hombre, podemos saber lo que él dice. Las palabras de todo hombre que habla desde esa vida han de sonar vacías a quienes no habitan el mismo pensamiento por su parte. No me atrevo a hablar en su nombre. Mis palabras no transmiten su augusta significación; resultan frías y escasas. Solo él mismo puede inspirar a quien quiera, y entonces —ived!— su habla será lírica y dulce y universal como el alzarse del viento. Y sin embargo deseo, aunque sea con palabras profanas, si no puedo usar las sagradas, indicar el cielo de esta deidad y referir los indicios que he reunido sobre la trascendente simplicidad y energía de la Ley Suprema.

Si consideramos lo que ocurre en la conversación, en los ensueños, en el remordimiento, en los momentos de pasión, en las sorpresas, en las enseñanzas de los sueños, donde a menudo nos vemos disfrazados —pues esos bufos disfraces no hacen sino amplificar y realzar un elemento real y hacerlo presente a nuestra clara percepción—, captaremos numerosos indicios que se ensancharán e iluminarán hasta convertirse en conocimiento del secreto de la naturaleza. Todo viene a mostrar que el alma en el hombre no es un órgano, sino que anima y ejercita todos los órganos; no es una función, como el poder de la memoria, del

cálculo, de la comparación, sino que se sirve de ellos como de manos y pies; no es una facultad, sino una luz; no es el intelecto ni la voluntad, sino el amo del intelecto y de la voluntad; es el trasfondo de nuestro ser, en el que estos reposan, una inmensidad no poseída y que no puede poseerse. Desde dentro o desde detrás, una luz brilla a través de nosotros sobre las cosas y nos hace conscientes de que nosotros no somos nada, pero la luz lo es todo. El hombre es la fachada de un templo en el que mora toda sabiduría y todo bien. Lo que corrientemente llamamos hombre, el hombre que come, bebe, planta y cuenta, no se representa a sí mismo, tal como lo conocemos, sino que se falsea. A ese no lo respetamos; pero el alma, de cuyo órgano él es, si la dejara manifestarse a través de su acción, nos haría doblar las rodillas. Cuando el alma sopla a través de su intelecto, es genio; cuando sopla a través de su voluntad, es virtud; cuando fluye a través de su afecto, es amor. Y la ceguera del intelecto comienza cuando este quiere ser algo por sí mismo. La debilidad de la voluntad comienza cuando el individuo quiere ser algo por sí mismo. Toda reforma aspira, en algún particular, a dejar que el alma se abra camino a través de nosotros; en otras palabras, a comprometernos a obedecer.

De esta naturaleza pura todo hombre es consciente en algún momento. El lenguaje no puede pintarla con sus colores. Es demasiado sutil. Es indefinible, inconmensurable, pero sabemos que nos impregna y nos contiene. Sabemos que todo ser espiritual está en el hombre. Un viejo y sabio proverbio dice: «Dios viene a vernos sin campanilla»; es decir, así como no hay techo ni cielo raso entre nuestras cabezas y los cielos infinitos, tampoco hay barra ni muro en el alma donde el hombre, el efecto, cesa y Dios, la causa, comienza. Los muros han desaparecido. Estamos abiertos por un lado hacia las profundidades de la naturaleza espiritual, hacia los atributos de Dios. La justicia, la vemos y la conocemos; el amor, la libertad, el poder. Nadie ha superado jamás estas naturalezas, sino que se elevan sobre nosotros, y más que nunca en el momento en que nuestros intereses nos tientan a herirlas.

La soberanía de esta naturaleza de que hablamos se manifiesta en su independencia de las limitaciones que nos circunscriben por todas partes. El alma circunscribe todas las cosas. Como he dicho, contradice toda experiencia. De igual modo, anula el tiempo y el espacio. El influjo de los sentidos ha avasallado la mente de la mayoría de los hombres hasta tal punto que los muros del tiempo y el espacio han llegado a parecer reales e insuperables, y hablar con ligereza de esos límites es, en el mundo, señal de locura. Y sin embargo el tiempo y el espacio no son sino medidas inversas de la fuerza del alma. El espíritu juega con el tiempo:

«Puede condensar la eternidad en una hora
o extender una hora hasta la eternidad.»

A menudo se nos hace sentir que hay otra juventud y otra vejez distintas de las que se miden desde el año de nuestro nacimiento natural. Algunos pensamientos nos encuentran siempre jóvenes y así nos mantienen. Tal es el amor por la belleza universal y eterna. Todo hombre se aparta de esa contemplación con la sensación de que pertenece más a los siglos que a la vida mortal. La menor actividad de las facultades intelectuales nos redime en cierta medida de las condiciones del tiempo. En la enfermedad, en el languidecimiento, bástenos un fragmento de poesía o una frase profunda y nos sentimos renovados; o báste con mostrar un volumen de Platón o de Shakespeare, o recordarnos sus nombres, para que al punto entremos en un sentimiento de longevidad. Obsérvese cómo el pensamiento divino y profundo reduce siglos y milenios y se hace presente a través de todas las épocas. ¿Es acaso menos eficaz hoy la enseñanza de Cristo que cuando por primera vez se abrió su boca? El peso de los hechos y las personas en mi pensamiento nada tiene que ver con el tiempo. Y así, siempre, la escala del alma es una; la escala de los sentidos y el entendimiento es otra. Ante las revelaciones del alma, el tiempo, el espacio y la naturaleza se disuelven. En el habla corriente referimos todas las cosas al tiempo, como habitualmente referimos las estrellas inmensamente separadas a una sola esfera cóncava. Y así decimos que el Juicio está lejos o

cerca, que el Milenio se aproxima, que se avecina un día de ciertas reformas políticas, morales o sociales, y cosas por el estilo, cuando lo que queremos decir es que, en la naturaleza de las cosas, uno de los hechos que contemplamos es externo y fugitivo, y el otro es permanente y connato con el alma. Las cosas que hoy estimamos fijas se desprenderán, una a una, como fruta madura, de nuestra experiencia y caerán. El viento las llevará no se sabe adónde. El paisaje, las figuras, Boston, Londres, son hechos tan fugitivos como cualquier institución pasada o cualquier bocanada de niebla o humo, y también lo es la sociedad, y también el mundo. El alma mira steadily hacia adelante, creando un mundo ante ella, dejando mundos tras de sí. No tiene fechas, ni ritos, ni personas, ni especialidades, ni hombres. El alma solo conoce el alma; la trama de los acontecimientos es el manto fluyente con que ella se viste.

No por aritmética sino por su propia ley ha de computarse la tasa de su progreso. Los avances del alma no se producen mediante gradaciones como las que puede representar el movimiento en línea recta, sino mediante ascensión de estado, como la que puede representar la metamorfosis: del huevo al gusano, del gusano a la mosca. Los crecimientos del genio tienen un carácter de totalidad que no hace avanzar al elegido primero por encima de Juan, luego de Adán, luego de Ricardo, infligiendo a cada uno el dolor de la inferioridad descubierta, sino que, con cada embate de crecimiento, el hombre se expande allí donde trabaja, y en cada pulsación deja atrás clases y poblaciones enteras. Con cada impulso divino, la mente desgarrar las delgadas cortezas de lo visible y finito y sale a la eternidad, e inspira y espira su aire. Conversa con verdades que siempre se han dicho en el mundo y adquiere conciencia de una simpatía más estrecha con Zenón y Arriano que con las personas de la casa.

Esta es la ley del progreso moral y mental. Los sencillos ascienden como por levedad específica, no hacia una virtud particular, sino hacia la región de todas las virtudes. Están en el espíritu que las contiene todas. El alma requiere pureza, pero no es la pureza; requiere justicia, pero no es la justicia; requiere beneficencia, pero

es algo mejor; de modo que hay como un descenso y una acomodación cuando abandonamos hablar de la naturaleza moral para recomendar una virtud que ella prescribe. Para el niño bien nacido, todas las virtudes son naturales, no penosamente adquiridas. Hablad a su corazón y el hombre se vuelve virtuoso de repente.

En ese mismo sentimiento está el germen del crecimiento intelectual, que obedece a la misma ley. Quienes son capaces de humildad, de justicia, de amor, de aspiración, se hallan ya en una plataforma que domina las ciencias y las artes, el habla y la poesía, la acción y la gracia. Pues quien mora en esa beatitud moral anticipa ya esos poderes especiales que los hombres tanto aprecian. El amante no tiene talento ni habilidad que valgan lo más mínimo ante su doncella enamorada, por poco que ella posea de la facultad correspondiente; y el corazón que se abandona a la Mente Suprema se descubre emparentado con todas sus obras y recorrerá un camino real hacia conocimientos y poderes particulares. Al ascender a este sentimiento primario y primordial, hemos pasado de nuestra lejana estación en la circunferencia al centro del mundo, donde, como en el gabinete de Dios, vemos las causas y anticipamos el universo, que no es sino un lento efecto.

Un modo de la enseñanza divina es la encarnación del espíritu en una forma, en formas como la mía. Vivo en sociedad, con personas que responden a pensamientos de mi propia mente o expresan cierta obediencia a los grandes instintos por los que vivo. Veo su presencia en ellos. Tengo la certeza de una naturaleza común, y esas otras almas, esos yos separados, me atraen como nada más puede hacerlo. Despiertan en mí las nuevas emociones que llamamos pasión: amor, odio, temor, admiración, piedad; de ahí nacen la conversación, la competencia, la persuasión, las ciudades y la guerra. Las personas son complementarias a la enseñanza primaria del alma. En la juventud somos locos por las personas. La infancia y la juventud ven todo el mundo en ellas. Pero la experiencia más amplia del hombre descubre la naturaleza idéntica que aparece a través de todas. Las personas mismas nos dan a conocer lo impersonal. En toda conversación entre dos personas se

hace una referencia tácita, como a un tercero, a una naturaleza común. Ese tercero o naturaleza común no es social; es impersonal; es Dios. Y así, en los grupos donde el debate es encendido y especialmente en las cuestiones elevadas, los reunidos advierten que el pensamiento alcanza un nivel igual en todos los pechos, que todos tienen una propiedad espiritual en lo que se ha dicho, y no solo quien lo dijo. Todos se vuelven más sabios de lo que eran. Se arquea sobre ellos como un templo esa unidad de pensamiento en la que cada corazón late con un sentido más noble del poder y el deber, y piensa y actúa con inusitada solemnidad. Todos son conscientes de alcanzar una posesión de sí más elevada. Brilla para todos. Existe una cierta sabiduría de la humanidad que es común a los más grandes hombres y a los más humildes, y que nuestra educación ordinaria a menudo se afana en silenciar y obstruir. La mente es una, y los mejores espíritus, que aman la verdad por sí misma, piensan mucho menos en la propiedad de la verdad. La acogen agradecidos donde quiera que esté y no la etiquetan ni la sellan con el nombre de ningún hombre, pues les pertenece desde mucho antes y desde la eternidad. Los eruditos y los estudiosos del pensamiento no tienen el monopolio de la sabiduría. Su violencia de dirección los descalifica en cierta medida para pensar con verdad. Debemos muchas observaciones valiosas a personas que no son muy agudas ni profundas, y que dicen sin esfuerzo lo que queremos y hemos buscado en vano largo tiempo. La acción del alma reside con más frecuencia en lo que se siente y se deja sin decir que en lo que se dice en cualquier conversación. Planea sobre toda sociedad, y los hombres la buscan inconscientemente unos en otros. Sabemos más de lo que hacemos. No nos poseemos todavía, y sabemos al mismo tiempo que somos mucho más. Siento la misma verdad con cuánta frecuencia en mi trivial conversación con mis vecinos: que algo más elevado en cada uno de nosotros contempla desde arriba este juego de segunda fila, y Júpiter hace señas a Júpiter desde detrás de cada uno de nosotros.

Los hombres descienden para encontrarse. En su servicio habitual y mezquino al mundo, por el que abandonan su nobleza nativa, se

parecen a esos jeques árabes que habitan casas humildes y afectan una pobreza exterior para escapar a la rapacidad del pachá, y reservan toda su ostentación de riqueza para sus retiros interiores y guardados.

Así como el alma está presente en todas las personas, también lo está en cada período de la vida. En el hombre niño ya es adulta. En mi trato con mi hijo, mi latín y mi griego, mis logros y mi dinero no me sirven de nada; solo vale el alma que tengo. Si soy voluntarioso, él opone su voluntad a la mía, uno por uno, y me deja, si me place, la degradación de vencerle por mi superioridad de fuerza. Pero si renuncio a mi voluntad y actúo en nombre del alma, tomando a esta como árbitro entre los dos, de sus ojos jóvenes emerge la misma alma; entonces me reverencia y me ama.

El alma es la perceptora y reveladora de la verdad. Conocemos la verdad cuando la vemos, digan lo que digan el escéptico y el burlón. Las personas insensatas os preguntan, cuando habéis dicho algo que no desean oír: «¿Cómo sabéis que es verdad y no un error vuestro?» Conocemos la verdad cuando la vemos, y la distinguimos de la opinión como sabemos, al despertar, que estamos despiertos. Fue una sentencia grandiosa de Emanuel Swedenborg —que bastaría por sí sola para indicar la grandeza de la percepción de ese hombre— la siguiente: «No es prueba de la inteligencia de un hombre ser capaz de confirmar todo lo que le plazca; sino poder discernir que lo que es verdadero es verdadero y que lo que es falso es falso: esto es la marca y el carácter de la inteligencia.» En el libro que leo, el buen pensamiento me vuelve, como toda verdad, a la imagen del alma entera. Ante el mal pensamiento que encuentro en él, esa misma alma se convierte en una espada discernidora y separadora que lo amputa. Somos más sabios de lo que sabemos. Si no interferimos con nuestro pensamiento y actuamos íntegramente, o vemos cómo se halla la cosa en Dios, conocemos la cosa particular y todas las cosas y a todos los hombres. Pues el Hacedor de todas las cosas y de todas las personas está detrás de nosotros y arroja su formidable omnisciencia a través de nosotros sobre las cosas.

Pero más allá de ese reconocimiento de su propio en pasajes particulares de la experiencia del individuo, el alma también revela la verdad. Y aquí debemos procurar reforzarnos con su misma presencia y hablar con una cuerda más digna y elevada de ese advenimiento. Pues la comunicación de la verdad por parte del alma es el acontecimiento más elevado en la naturaleza, ya que entonces no da algo de sí misma, sino que se da a sí misma, o pasa hacia el interior del hombre que ilumina y se convierte en él; o, en proporción a la verdad que este recibe, lo toma hacia sí.

Distinguimos los anuncios del alma, las manifestaciones de su propia naturaleza, con el término Revelación. Estas van siempre acompañadas por la emoción de lo sublime. Pues esta comunicación es un influjo de la mente Divina en la nuestra. Es un reflujo del riachuelo individual ante las oleadas que avanzan del mar de la vida. Toda percepción clara de este mandato central agita a los hombres con asombro y deleite. Un estremecimiento recorre a todos los hombres al recibir una verdad nueva, o al presenciar una gran acción que brota del corazón de la naturaleza. En estas comunicaciones, el poder de ver no está separado de la voluntad de actuar, sino que la penetración procede de la obediencia, y la obediencia procede de una percepción jubilosa. Cada momento en que el individuo se siente invadido por ella es memorable. Por necesidad de nuestra constitución, cierto entusiasmo acompaña a la conciencia que el individuo tiene de esa presencia divina. El carácter y la duración de ese entusiasmo varían con el estado del individuo, desde el éxtasis, el trance y la inspiración profética —que es su aparición más rara— hasta el más tenue resplandor de emoción virtuosa, en cuya forma caliente, como nuestros hogares domésticos, a todas las familias y asociaciones de los hombres y hace posible la sociedad. Cierta tendencia a la locura ha acompañado siempre al despertar del sentido religioso en los hombres, como si hubieran sido «deslumbrados por un exceso de luz». Los trances de Sócrates, la «unión» de Plotino, la visión de Porfirio, la conversión de Pablo, la aurora de Böhme, las convulsiones de George Fox y sus cuáqueros, la iluminación de

Swedenborg son de esta índole. Lo que en el caso de esas personas notables fue un arrebatamiento se ha manifestado en innumerables instancias de la vida corriente de forma menos llamativa. En todas partes la historia de la religión delata una tendencia al entusiasmo. El rapto de los moravos y los quietistas; el apertura del sentido interno de la Palabra, en el lenguaje de la Nueva Iglesia de Jerusalén; el reavivamiento de las iglesias calvinistas; las experiencias de los metodistas son formas diversas de ese estremecimiento de asombro y deleite con el que el alma individual se mezcla siempre con el alma universal.

La naturaleza de estas revelaciones es la misma: son percepciones de la ley absoluta. Son soluciones de las propias preguntas del alma. No responden a las preguntas que formula el entendimiento. El alma nunca responde con palabras, sino con la misma cosa que se le pregunta.

La revelación es la manifestación del alma. La noción popular de una revelación es que consiste en un vaticinio de fortunas. En los oráculos pasados del alma, el entendimiento busca respuestas a preguntas sensuales y se arroga la tarea de decir de parte de Dios cuánto tiempo vivirán los hombres, qué harán sus manos y quiénes serán sus compañeros, añadiendo nombres, fechas y lugares. Pero no debemos forzar cerraduras. Debemos frenar esa baja curiosidad. Una respuesta en palabras es engañosa; en realidad no es ninguna respuesta a las preguntas que hacéis. No exijáis una descripción de los países hacia los que navegáis. La descripción no os los describe, y mañana llegaréis allí y los conoceréis habitándolos. Los hombres preguntan acerca de la inmortalidad del alma, de los empleos del cielo, del estado del pecador, y cosas por el estilo. Sueñan incluso que Jesús ha dejado respuestas precisamente a esos interrogatorios. Ese espíritu sublime no habló nunca un solo momento en su dialecto. A la verdad, la justicia, el amor, los atributos del alma, la idea de inmutabilidad está esencialmente asociada. Jesús, viviendo en esos sentimientos morales, indiferente a las fortunas sensuales y atento solo a las manifestaciones de aquellos, jamás separó la idea de duración de la esencia de esos atributos, ni pronunció una sílaba

sobre la duración del alma. Quedó para sus discípulos separar la duración de los elementos morales y enseñar la inmortalidad del alma como doctrina y sustentarla con pruebas. En el momento en que la doctrina de la inmortalidad se enseña por separado, el hombre ya ha caído. En el fluir del amor, en la adoración de la humildad, no hay pregunta de continuación. Ningún hombre inspirado se formula nunca esta pregunta ni se rebaja a esas pruebas. Pues el alma es fiel a sí misma, y el hombre en quien ella se ha derramado no puede apartarse del presente, que es infinito, hacia un futuro que sería finito.

Estas preguntas que anhelamos hacer sobre el futuro son una confesión de pecado. Dios no tiene respuesta para ellas. Ninguna respuesta en palabras puede replicar a una pregunta de cosas. No es en un arbitrario «decreto de Dios», sino en la naturaleza del hombre, donde un velo cubre los hechos del mañana; pues el alma no quiere que leamos otro código que el de la causa y el efecto. Mediante ese velo que corre cortinas sobre los sucesos, instruye a los hijos de los hombres a vivir en el hoy. El único modo de obtener respuesta a estas preguntas de los sentidos es renunciar a toda baja curiosidad y, aceptando la marea del ser que nos conduce al secreto de la naturaleza, trabajar y vivir, trabajar y vivir, y sin advertirlo el alma que avanza ha construido y forjado para sí una nueva condición, y la pregunta y la respuesta son una.

Por el mismo fuego vital, consagrante, celestial, que arde hasta disolver todas las cosas en las olas y las mareas de un océano de luz, nos vemos y nos conocemos mutuamente, y vemos de qué espíritu es cada uno. ¿Quién puede decir los fundamentos de su conocimiento del carácter de los distintos individuos de su círculo de amigos? Nadie. Y sin embargo sus actos y palabras no le defraudan. A aquel hombre, aunque no supiera nada malo de él, no le dispensó su confianza. A ese otro, aunque rara vez se hubiesen encontrado, habían pasado ya señales auténticas para dar a entender que podía confiarse en él como en quien tiene interés en su propio carácter. Nos conocemos bien los unos a los otros: cuál de nosotros ha sido

justo consigo mismo y si lo que enseñamos o contemplamos no es más que una aspiración o también es nuestro esfuerzo honesto.

Todos somos discernidores de espíritus. Ese diagnóstico se halla en lo alto de nuestra vida o en nuestro poder inconsciente. El trato de la sociedad —su comercio, su religión, sus amistades, sus querellas— es una amplia investigación judicial del carácter. En plena corte, en pequeño comité, o cara a cara, acusador y acusado, los hombres se ofrecen a ser juzgados. Contra su voluntad exhiben esas nimiedades decisivas por las que se lee el carácter. Pero ¿quién juzga, y qué? No nuestro entendimiento. No los leemos por el saber ni la maña. No; la sabiduría del hombre sabio consiste en que no los juzga: los deja juzgarse a sí mismos y se limita a leer y registrar su propio veredicto.

En virtud de esta naturaleza inevitable, la voluntad privada queda dominada y, pese a nuestros esfuerzos o nuestras imperfecciones, vuestro genio hablará por vosotros y el mío por mí. Lo que somos, eso enseñaremos, no voluntariamente sino involuntariamente. Los pensamientos llegan a nuestra mente por avenidas que nunca dejamos abiertas, y los pensamientos salen de nuestra mente por avenidas que nunca abrimos voluntariamente. El carácter enseña por encima de nuestra cabeza. El índice infalible del verdadero progreso se halla en el tono que adopta el hombre. Ni su edad, ni su crianza, ni su compañía, ni sus libros, ni sus actos, ni sus talentos, ni todos juntos, pueden impedirle ser deferente con un espíritu más elevado que el suyo. Si no ha hallado su hogar en Dios, sus modales, sus formas de expresión, el giro de sus frases, la constitución, por así decirlo, de todas sus opiniones, lo confesarán involuntariamente, por mucho que lo disimule. Si ha hallado su centro, la Divinidad brillará a través de él, a través de todos los disfraces de la ignorancia, del temperamento poco grato, de la circunstancia desfavorable. El tono del que busca es uno, y el tono del que ha encontrado es otro.

La gran distinción entre maestros sagrados o literarios —entre poetas como Herbert y poetas como Pope, entre filósofos como Spinoza, Kant y Coleridge, y filósofos como Locke, Paley, Mackintosh

y Stewart, entre hombres de mundo que se tienen por conversadores acabados y aquí y allá un místico ferviente que profetiza, medio enloquecido bajo la infinitud de su pensamiento— es que una clase habla desde dentro, o desde la experiencia, como partícipes y poseedores del hecho, y la otra clase habla desde fuera, como meros espectadores, o quizás como conocedores del hecho por testimonio de terceros. De nada sirve predicarme desde fuera. Eso puedo hacerlo yo mismo con demasiada facilidad. Jesús habla siempre desde dentro, y en un grado que trasciende a todos los demás. En eso está el milagro. Creo de antemano que así debe ser. Todos los hombres están constantemente en la expectativa de la aparición de tal maestro. Pero si un hombre no habla desde detrás del velo, donde la palabra es una con aquello de que habla, que lo confiese humildemente.

La misma Omnisciencia fluye hacia el intelecto y produce lo que llamamos genio. Mucha de la sabiduría del mundo no es sabiduría, y la clase más iluminada de los hombres es sin duda superior a la fama literaria y no es escritora. Entre la muchedumbre de eruditos y autores no sentimos presencia consagrante alguna; percibimos maña y destreza más que inspiración; tienen una luz y no saben de dónde viene y la llaman suya; su talento es alguna facultad exagerada, algún miembro excrecido, de modo que su fuerza es una enfermedad. En estos casos los dones intelectuales no producen la impresión de virtud, sino casi de vicio, y sentimos que los talentos del hombre se interponen en el camino de su avance hacia la verdad. Pero el genio es religioso. Es una absorción más amplia del corazón común. No es anómalo, sino más semejante, y no menos semejante, a los demás hombres. En todos los grandes poetas hay una sabiduría de la humanidad superior a cualesquiera talentos que ejerciten. El autor, el ingenioso, el partidario, el caballero refinado, no sustituyen al hombre. La humanidad brilla en Homero, en Chaucer, en Spenser, en Shakespeare, en Milton. Se contentan con la verdad. Usan el grado positivo. Parecen fríos y flemáticos a quienes se han especiado con la pasión frenética y el colorido violento de escritores inferiores, pero populares. Pues son poetas por el libre

curso que dejan al alma informante, que a través de sus ojos vuelve a contemplar y bendice las cosas que ella misma ha hecho. El alma es superior a su conocimiento; más sabia que cualquiera de sus obras. El gran poeta nos hace sentir nuestra propia riqueza, y entonces pensamos menos en sus composiciones. Su mejor comunicación a nuestra mente es enseñarnos a despreciar cuanto ha hecho. Shakespeare nos eleva a una cuerda tan excelsa de actividad inteligente que sugiere una riqueza que empobrece la suya; y entonces sentimos que las espléndidas obras que ha creado, y que en otras horas exaltamos como una suerte de poesía existente por sí misma, no afirman sobre la naturaleza real una presa más firme que la sombra de un viajero que pasa sobre la roca. La inspiración que se expresó en Hamlet y en El rey Lear podría expresar cosas igualmente buenas día a día, eternamente. ¿Por qué, entonces, he de hacer mucho caso de Hamlet y de El rey Lear, como si no tuviésemos el alma de la que cayeron como sílabas de la lengua?

Esta energía no desciende a la vida individual bajo ninguna condición que no sea la posesión total. Llega a los humildes y sencillos; llega a quienquiera que se desprenda de lo que en él hay de ajeno y orgulloso; llega como penetración; llega como serenidad y grandeza. Cuando vemos a aquellos en quienes mora, somos advertidos de nuevos grados de grandeza. De esa inspiración el hombre vuelve con un tono cambiado. No habla con los hombres con el ojo puesto en su opinión. Los pone a prueba. Nos exige ser llanos y verdaderos. El viajero vanidoso intenta embellecer su vida citando a milord, al príncipe y a la condesa que así le dijeron o así se condujeron con él. Los vulgares ambiciosos os muestran sus cucharas, sus broches y sus sortijas, y guardan sus tarjetas y sus cumplidos. Los más cultivados, en el relato de su propia experiencia, escogen la circunstancia placentera y poética: la visita a Roma, el hombre de genio que vieron, el brillante amigo que conocen; más adelante, quizás, el paisaje grandioso, las luces de la montaña, los pensamientos de la montaña que disfrutaron ayer, y así buscan dar un color romántico a su vida. Pero el alma que asciende a adorar al gran Dios es llana y verdadera; no tiene color de rosa, ni amigos

ilustres, ni caballería, ni aventuras; no desea admiración; mora en la hora que ahora es, en la experiencia sincera del día común, gracias a que el momento presente y la mera nimiedad se han vuelto porosos al pensamiento y ávidos del mar de luz.

Conversad con una mente que es grandiosamente sencilla y la literatura parecerá caza de palabras. Las expresiones más simples son las más dignas de escribirse, y sin embargo son tan baratas y tan corrientes que, en las riquezas infinitas del alma, es como recoger unos pocos guijarros del suelo o embotellar un poco de aire en un frasco cuando toda la tierra y toda la atmósfera son nuestras. Nada puede franquear el paso allí, ni haceros uno de ese círculo, salvo desprenderse de vuestros adornos y tratar al hombre de hombre en desnuda verdad, en confesión llana y en afirmación omnisciente.

Almas como esas os tratan como dioses; andan como dioses por la tierra, aceptando sin admiración alguna vuestro ingenio, vuestra generosidad, vuestra virtud incluso —digamos más bien vuestro acto de deber, pues vuestra virtud la reconocen como su propia sangre, tan regia como ellas mismas, y más que regia, y padre de los dioses. ¡Pero qué reprensión arroja su llana fraternidad sobre la mutua adulación con que los autores se consuelan entre sí y se hieren a sí mismos! Estos no adulan. No me extraña que esos hombres vayan a ver a Cromwell, a Cristina, a Carlos II, a Jacobo I y al Gran Turco. Pues ellos son, en su propia elevación, los pares de los reyes, y han de sentir el tono servil de la conversación en el mundo. Han de ser siempre un regalo del cielo para los príncipes, pues los confrontan, rey a rey, sin doblegarse ni hacer concesiones, y dan a una naturaleza elevada el refrigerio y la satisfacción de la resistencia, de la llana humanidad, de la compañía entre iguales y de ideas nuevas. Los dejan más sabios y superiores. Almas como estas nos hacen sentir que la sinceridad es más excelente que la adulación. Tratad así de llano con el hombre y con la mujer, de modo que imponga la más extrema sinceridad y destruya toda esperanza de tomaros a broma. Es el mayor cumplido que podéis hacer. «Su más alto elogio», dijo

Milton, «no es adulación, y su consejo más llano es una especie de alabanza.»

Inefable es la unión del hombre y Dios en cada acto del alma. La persona más sencilla que, en su integridad, adora a Dios, se convierte en Dios; y sin embargo el influjo de ese yo mejor y universal es eternamente nuevo e inescrutable. Inspira reverencia y asombro. ¡Cuán querida, cuán consoladora para el hombre surge la idea de Dios que puebla el lugar solitario, borrando las cicatrices de nuestros errores y desilusiones! Cuando hemos roto nuestro dios de la tradición y cesado de nuestro dios de la retórica, entonces puede Dios encender el corazón con su presencia. Es el doblamiento del propio corazón; no, es la ampliación infinita del corazón con un poder de crecimiento hacia una nueva infinitud en cada lado. Inspira en el hombre una confianza infalible. No tiene la convicción, sino la visión, de que lo mejor es lo verdadero, y puede en ese pensamiento desestimar fácilmente todas las incertidumbres y temores particulares y aplazar a la segura revelación del tiempo la solución de sus enigmas privados. Tiene la certeza de que su bienestar es caro al corazón del ser. En la presencia de la ley ante su mente, se desborda con una confianza tan universal que arrastra en su caudal todas las esperanzas acariciadas y los proyectos más estables de la condición mortal. Cree que no puede escapar de su propio bien. Las cosas que en verdad te corresponden gravitan hacia ti. Corres a buscar a tu amigo. Dejen correr tus pies, pero tu mente no necesita hacerlo. Si no lo encuentras, ¿no consentirás en que es lo mejor que no lo encontraras? Pues hay un poder que, al hallarse en ti, se halla también en él, y por tanto pudo muy bien haberos reunido si hubiera sido lo mejor. Te preparas con avidez para ir a prestar un servicio al que te invitan tu talento y tu gusto, el amor a los hombres y la esperanza de la fama. ¿No se te ha ocurrido que no tienes derecho a ir a menos que estés igualmente dispuesto a que se te impida ir? ¡Oh, cree, como que vives, que todo sonido que se pronuncie por el ancho mundo y que debas oír vibrará en tu oído! Todo proverbio, todo libro, todo refrán que te pertenece para ayuda o consuelo llegará sin falta a ti por caminos abiertos o sinuosos. Todo amigo

que no tu fantástica voluntad, sino el corazón grande y tierno que hay en ti anhela, te encerrará en su abrazo. Y esto, porque el corazón que hay en ti es el corazón de todos; no hay válvula, ni muro, ni intersección en parte alguna de la naturaleza, sino que una sola sangre corre sin interrupción en circulación sin fin a través de todos los hombres, como el agua del globo es toda un solo mar, y, vista con verdad, su marea es una.

Que el hombre, entonces, aprenda la revelación de toda la naturaleza y de todo el pensamiento a su corazón; a saber: que lo Supremo mora con él; que las fuentes de la naturaleza están en su propia mente, si el sentimiento del deber está allí. Pero si quiere saber lo que el gran Dios dice, ha de «entrar en su cámara y cerrar la puerta», como dijo Jesús. Dios no se manifestará a los cobardes. Ha de escucharse a sí mismo con grandeza, retirándose de todos los acentos de la devoción ajena. Incluso sus oraciones le son dañinas hasta que no haya forjado las suyas. Nuestra religión se sustenta vulgarmente en el número de creyentes. Siempre que se hace la apelación —por indirecta que sea— a los números, en ese mismo momento se proclama que la religión no existe. Quien halla en Dios un pensamiento dulce y envolvente nunca cuenta su compañía. Cuando me siento en esa presencia, ¿quién osará entrar? Cuando reposo en perfecta humildad, cuando ardo con amor puro, ¿qué puede decirme Calvino, qué puede decirme Swedenborg?

No hay diferencia entre apelar a los números o a uno solo. La fe que se sustenta en la autoridad no es fe. El apoyarse en la autoridad mide el declive de la religión, la retirada del alma. La posición que los hombres han dado a Jesús, durante ya muchos siglos de historia, es una posición de autoridad. Les caracteriza a ellos. No puede alterar los hechos eternos. Grande es el alma, y llana. No es adolorada ni seguidora; nunca apela desde sí misma. Cree en sí misma. Ante las inmensas posibilidades del hombre, toda experiencia meramente pasada, toda biografía anterior, por inmaculada y santa que sea, se disuelve. Ante ese cielo que nuestros presentimientos nos anuncian, no podemos alabar fácilmente ninguna forma de vida que hayamos visto o leído. No solo

afirmamos que tenemos pocos grandes hombres, sino, hablando en absoluto, que no tenemos ninguno; que no tenemos historia, ningún registro de carácter o modo de vida que nos satisfaga del todo. Los santos y semidioses que la historia venera los estamos obligados a aceptar con cierto grano de cautela. Aunque en nuestras horas solitarias sacamos de su recuerdo una fuerza nueva, cuando se nos presentan como lo hacen los irreflexivos y los rutinarios, nos fatigan e invaden. El alma se da a sí misma, sola, original y pura, al Solitario, Original y Puro, que, bajo esa condición, la habita, la conduce y habla a través de ella con alegría. Entonces está contenta, joven y ágil. No es sabia, pero ve a través de todas las cosas. No se llama religiosa, pero es inocente. Llama suya la luz y siente que la hierba crece y la piedra cae por una ley inferior a su naturaleza y dependiente de ella. He aquí, dice, que nazco en la gran mente universal. Yo, lo imperfecto, adoro mi propio Perfecto. Soy de algún modo receptivo de la gran alma y por ello domino el sol y las estrellas y los siento como los hermosos accidentes y efectos que cambian y pasan. Cada vez más, las marejadas de la naturaleza eterna penetran en mí, y me vuelvo público y humano en mis miradas y en mis actos. Así llego a vivir en pensamientos y actuar con energías que son inmortales. Reverenciando así el alma y aprendiendo, como decían los antiguos, que «su belleza es inmensa», el hombre llegará a ver que el mundo es el milagro perenne que el alma obra, y se asombrará menos de los prodigios particulares; aprenderá que no hay historia profana; que toda historia es sagrada; que el universo está representado en un átomo, en un instante de tiempo. Ya no tejerá una vida moteada de remiendos y retazos, sino que vivirá con una unidad divina. Cesará en lo que hay de bajo y frívolo en su vida y se contentará con todos los lugares y con cualquier servicio que pueda prestar. Afrontará con serenidad el mañana en el descuido de esa confianza que lleva a Dios consigo, y así tiene ya todo el porvenir en el fondo del corazón.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB